

«DEL HOMBRE NIETZSCHE»

Resa von Schirnhofner

NOTA BIOGRÁFICA

Resa von Schirnhofner nació en 1855 en Krame (Austria), murió en 1948 en Brixen. Doctora en filosofía con la tesis «Vergleich zwischen den Lehren Schellings und Spinozas» [Comparación de las teorías de Schelling y Spinoza] (1889), fue amiga de Natalie Herzen, una personalidad de espíritu excepcional y con carácter, muy amiga de Turgeniev, y pertenecía al círculo de Malwida von Maysenbug. Tenía también amistad con Irma Regner von Bleyleben y con la condesa Dönhoff y su madre. Desde 1882 estudia en Zúrich, donde conoció en 1883 a Meta von Salis, feminista e historiadora suiza amiga también de F. Nietzsche

El primer encuentro con Nietzsche tuvo lugar en Niza, en la Pascua de 1884, al final de su primer semestre en la Universidad de Zúrich, por mediación de su amiga Malwida von Meysenbug, que ya le había hablado y puesto en antecedentes a Nietzsche sobre ella. Desde Génova escribe a Nietzsche (carta que no se conserva) y este le contesta por primera vez invitándola a visitarle: « ¡Venga, pues, mi apreciada señorita! y pruebe con la pensión donde vivo yo. Verá que es recomendable, es de una seriedad completamente suiza¹. Poco a poco se ha vaciado bastante, los pájaros del invierno se van volando.»². A sus treinta años, joven y rica, hace las maletas y se va a la misma pensión de Niza donde se encontraba Nietzsche, la pensión Gêneve, sin conocerle personalmente. Juntos fueron a ver una corrida de toros y pasearon por los lugares preferidos de Nietzsche, en medio de largas conversaciones, y con

1 Los propietarios de la pensión, la familia Savormin, eran suizos.

2 Carta a Resa von Schnirhofer, 31-3-84, OC IV 448.

un trato cordial y distendido. Nietzsche llegó incluso a planear un viaje con ella a Córcega atravesando la isla desde Bastia a Ajaccio, patria de Napoleón. « Para la próxima primavera, por ejemplo, - escribe a Köselitz- he planeado por el momento una excursión a Córcega, con salida desde Niza, junto a Resa von Schirnhofner — ¡*vivat tertius!*)³», haciendo una alusión a Köselitz para que se uniera a ellos. Al final el viaje no pudo llevarse a cabo por dificultades económicas.

El segundo encuentro con Nietzsche tuvo lugar pocos meses después en Sils-Maria, donde había llegado a finales del semestre de verano de 1884, mediados de agosto, en compañía de la estudiante de medicina Clara Willdenow. Allí permaneció cuatro días. Nietzsche les reservó una habitación en el *Hotel Alpenrose*, donde solía ir a comer. « Resa von Schirnhofner ha venido a verme aquí – escribe Nietzsche a Overbeck- durante algunos días antes de volverse a marchar para ir a ver a sus padres en Graz; es una criatura divertida, que me hace reír y que se acostumbra fácilmente a mí. El próximo invierno proseguiré sus estudios de filosofía en París.»⁴.

Después de estos encuentros, Nietzsche sigue manteniendo contacto con ella: se interesa por su estancia en París y por la literatura que en aquellos momentos está en boga, sobre todo le interesa la figura de Stendahl: « Emprenda, por favor, una pequeña batida de caza; por ejemplo en busca de una nueva edición de *Le rouge et le noir*»⁵ y le anima a que viaje con él a Venecia para encontrarse: « Si usted misma piensa en algo de descanso y diversión para esta primavera, tenga en cuenta, si me está permitido pedirle, que sería para mí un gran honor poder estar en tal ocasión a su servicio. P. ej. en Venecia, adonde planeo trasladarme desde aquí, de acuerdo con una costumbre de hace ya varios años.»⁶

El tercer y último encuentro de Resa von Schirnhofner con Nietzsche tuvo lugar en Zúrich. Nietzsche le cuenta a Malwida von Meysenbug en carta del 12 de mayo que visitó «en Zúrich a la exquisita señorita von Schirnhofner, recién llegada de París, incierta sobre su futuro, su propósito y sus perspectivas, pero, al igual que yo, entusiasmada por Dostoievski»⁷. El día 6 de mayo de 1887 fue la última vez que habla con Nietzsche, se entrevista con ella y se dedican a hablar extensamente sobre Dostoievski: « con gran alegría para mí, apareció una mañana en mi casa. Cuando la noche anterior había vuelto de París, me

3 Carta a H. Köselitz, 25-7-84, CO IV 468. Y a su madre y hermana les comenta el futuro viaje: « *A pesar de todo esto* — vuestro príncipe está tan destruido que no consigue aún decidirse a este viaje (12 horas de travesía nocturna).» 26-11-84, CO IV 504.

4 Carta a Overbeck, 17-8-1884. OC IV 472.

5 Carta a Resa von Schirnhofner, 11-3-85. OC V 44.

6 Carta a Resa von Schirnhofner, finales de febrero de 1886, CO V 147.

7 Carta a Malwida von Meysenbug, 12-5-1887. CO V 303.

encontré con una nota de Nietzsche y había oído con gran pesar que él había ya preguntado varias veces si yo ya había vuelto,[...] Nietzsche me interrumpió vehementemente y exclamó como extrañado que a él le gustaría también hablarme precisamente de su descubrimiento de Dostoievski y que ahora yo me había adelantado a él. Me aconsejó que leyese «L'Esprit souterrain», un libro “extraordinariamente fascinante” y, añadió, que la traducción alemana era muy defectuosa»⁸. El contacto epistolar con ella continuó hasta 1888, y Nietzsche seguía dispuesto a compartir sus viajes con ella: « me alegraría si sus planes se pudieran combinar de algún modo con los míos».⁹ En todas las cartas que le escribe Nietzsche reflejan la simpatía que sentía por esta joven estudiante y entre sus cualidades le fascinaba su sonrisa.

Resa von Schirnhofer era una persona acomodada y vivía solo en hoteles y pensiones. Después de la primera guerra mundial, con la pérdida de su patrimonio, tuvo que ganarse la vida con clases de piano y de idiomas. Entre 1895 y 1909 escribió 23 cartas a Elisabeth Förster-Nietzsche, a la que visitó también en Weimar en 1897, donde vio por última vez a Nietzsche enfermo en la villa de *Silberblick* (*Archivo-Nietzsche*), tal y como se describe en el testimonio de Resa. Esta, a instancias de la hermana de Nietzsche, escribió, como otros amigos de Nietzsche (Overbeck, Malwida von Meysenbug, Paul Deussen, etc.), un perfil sobre su amistad con él, en el que se despiertan recuerdos que contribuyen a completar la personalidad del pensador. El relato recordatorio de Resa no se publicó y se descubrió entre sus papeles después de su muerte en 1948. En 1969 Hans Lohberger imprimió el texto completo que había escrito Resa von Schirnhof, «Vom Menschen Nietzsche» bajo el título «Friedrich Nietzsche und Resa von Schirnhofer» en la revista *Zeitschrift für philosophische Forschung* 22 (1969), 250- 260, 442-458- y 441 ss, y que constituye la fuente de esta traducción¹⁰.

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga

8 Cfr. Resa von Schirnhof, «Vom Menschen Nietzsche», ver la traducción a continuación.

9 Carta a Resa von Schirnhof, 14-4-88, CO VI 149.

10 El documento de Resa también es recogido en la publicación de Sander Gilman, *Begegnungen mit Nietzsche*. Bonn: Bouvier, 1981, aunque lo divide en cuatro segmentos, (pp. 473-485; 489-494; 571-574, 695-699) a fin de respetar el plan cronológico de su libro. Otras fuentes de información: Hauke Reich, *Nietzsche-Zeitgenossenlexikon*. Basilea: Schwabe, 2004; Carol Diethe, *Nietzsche's Women: Beyond the whip*, Berlin: Walter de Gruyter, 1996.

Nunca antes tuve la intención de describir mis encuentros con Nietzsche. Sin embargo, después de la lectura de la *Nietzsche-Heftes* (Una revista mensual del sur de Alemania, de noviembre de 1931) me sentí estimulada por diversos motivos a fijar mis impresiones recibidas en el plano personal con Nietzsche desde el tiempo ya pasado, pero no olvidado. Así surgió el pequeño boceto «Del hombre Nietzsche».

Cuando en el último libro de la señora Elisabeth Förster-Nietzsche se publicaron con gran sorpresa para mí, entre otras, las cartas que me escribió su hermano, volví a retomar este boceto para llevarlo a la imprenta. No contiene nada sensacional, la mayoría son solo cosas intrascendentes que confirman muchas de las cosas que contaron otros que le conocían personalmente y hablaron sobre él, sin embargo quizás añadirán rasgos simpáticos a su imagen como personalidad humana, que en la disputa sobre el pensador amenazan con perderse.

Puesto que todos nosotros solo nos podemos ver recíprocamente a través del medio de la propia personalidad espiritual, así es lo que yo describo aquí, *mi* imagen de Nietzsche, tal y como *yo* la vi desde ese lado esencial, que él *me* dedicó en el juego flexible de acción y reacción de dos individualidades. Esta imagen de Nietzsche la he dibujado fielmente así en el marco de nuestros encuentros, tal y como él mismo todavía hoy vive en mi recuerdo y he pensado además con simpatía en esta personalidad genial y cautivadora, que ya entonces sufrió interna y severamente en su destino, sobre la que no podemos olvidarnos de las grandes palabras triunfantes, estados de ánimo eufóricos, el vuelo «con alas propias en un cielo propio» y también la actitud heroica *querida* sobre la vida.

Resa von Schirnhofer
Brixen 1937

1. NIZA abril 3-13, 1884.

En la Pascua de 1884, al final de mi primer semestre en la Universidad de Zúrich, fui a Génova con la intención de encontrarme con mi venerada y maternal amiga Malwida von Meysenbug en la Riviera francesa. Cuando le pedí que viniera a Cannes, me comunicó sin embargo que se quedaría esta primavera en Roma y me propuso ir a Niza, donde yo encontraría a Nietzsche, para el que gracias a ella yo no era una extraña, puesto que necesitaba un respiro después de su intenso trabajo en medio de una soledad inquietante.

Entonces yo solo conocía de los escritos de Nietzsche las «Consideraciones intempestivas», así como «El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música», un libro que había despertado en gran medida mi entusiasmo juvenil. Conocía todo sobre el cambio que se había producido en la relación

de Nietzsche con Wagner, junto con la ruptura que se había dado en su línea de evolución - como parecía entonces -, pero no conocía sus nuevos escritos. A través de las noticias que me daba de Malwida en Roma, así como por las observaciones oportunas de su hermana, de Donna Laura Mingetthi y de otras personas de su entorno que conocían personalmente a Nietzsche, tampoco eran para mis desconocidos sus rasgos humanos. También por las conversaciones con Lou Salomé en Bayreuth, en donde yo había coincidido con Malwida v. Meysenbug para la representación en 1882 del *Parsifal*, y a través de ella había conocido a Nietzsche, había escuchado muchas cosas sobre los problemas de la filosofía moral que le ocupaban. Me había cautivado en sumo grado el virtuosismo dialéctico increíble de Lou Salomé y su perspicacia, movida por una sofisticada sutileza. Poco tiempo después oí toda clase de cosas sobre los «malentendidos» que habían comenzado ya entonces, y que ocuparon un excesivo espacio en la literatura de Nietzsche. Lou Salomé me mostró la fotografía de estudio, a menudo discutida, en donde ella sentada (si me recuerdo bien) con el látigo en la mano sobre una carretilla conduce a los amigos que tiran de ella, el Dr. Rée y Nietzsche. La yunta tira en dos direcciones distintas, como si trataran de separarse. Rée enganchado a la izquierda en segundo plano de la imagen con la cabeza algo girada no puede verse bien. Nietzsche lejos, en primer plano, se encuentra de pie groseramente y toscamente en una posición torpe, que me recordaba instintivamente a una caballería de labor recalcitrante. No era una fotografía tomada instantáneamente al aire libre, en donde a menudo involuntariamente imágenes grotescas vienen a la palestra, sino una foto hecha en un estudio. Me pareció completamente antiestética, no la idea bromista en sí, sino su representación.¹¹ Nunca he conocido a un Nietzsche como lo representaba externamente esta fotografía ni al ser que yo imaginaba.

De este modo, conocí a Nietzsche por las «imágenes remitidas» por otros, y ahora buscaba formar mi propia imagen de él y seguí con mucho gusto la propuesta de Frl. v Meysenbug. En el primer encuentro con Nietzsche sentí desde el principio una cierta vergüenza. Sin embargo, su forma elegante y amable, su apariencia de profesor serio, y nuestra amiga maternal común, que estaba presente como enlace mediador, me permitieron recuperar de nuevo mi fresca naturalidad. Durante los diez días de mi estancia en esta encantadora Costa Azul me dedicó Nietzsche mucho de su precioso tiempo. Me llevó por sus caminos preferidos, dimos paseos juntos, hicimos pequeñas excursiones, disfrutando de la magia de la naturaleza y del clima, me trajo libros para que

11 E. Förster-Nietzsche en *Der einsame Nietzsche*, p. 309, lo ve con otros ojos, pues dice: «era un pequeño retrato muy cómico y petulante», mientras la dulce Malwida v. Meysenbug, que solo después de algún tiempo vio la foto, la calificó en una carta que me escribió como «una fotografía horrible».

les echase un vistazo, algunos de ellos los había leído; y sin embargo la gran distancia intelectual que había también entre el pensador y poeta y la estudiante, se esfumó en nuestras relaciones simplemente humanas. Siendo un pensador tan desenfadado, como hombre Nietzsche era de una exquisita sensibilidad, tierno y muy cortés en su actitud y maneras frente al género femenino, algo que ya fue a menudo acentuado por otros que le conocían personalmente. Nada había en su ser que me hubiese producido alguna molestia. Ni en su apariencia externa, ni en sus modales, ni en su naturaleza espiritual vi a Nietzsche como un típico alemán. Me contó también con evidente placer, cómo él siempre hablaba de los polacos como sus compatriotas y que según una tradición familiar estaba seguro de que el origen del apellido Nietzsche era de un Niezki. Para mí eso era algo nuevo y me interesaba, puesto que yo había visto en una pintura histórica de Jan Matjeko en Viena cabezas con formas características parecidas, sin fijarse solo en la apariencia superficial de un bigote poblado, algo que también le había manifestado, y le había encantado oírlo. Pues él estaba muy orgulloso de su fisonomía polaca.

Yo pude hablar con el «querido profesor medio ciego» - como le llamaban entonces algunos conocidos de pensión en la Pensión de Ginebra - sobre todo, lo que yo he cultivado con un entusiasmo ingenuo en mi esfera de intereses, sobre un montón de cosas heterogéneas: sobre mi escritor latino preferido, sobre sueños especiales de contenido trascendente, vivencias de mi infancia, etc. Sobre estas cosas se produjeron toda clase de discusiones e interesantes observaciones tuyas emanadas de su abundante reino de ideas. En una conversación larga que tuve con él sobre los prejuicios acentuó muy agudamente, que uno se libra de prejuicios, pero con ello se cae en un nuevo prejuicio: *nunca estamos libres de prejuicios*. Y ¿qué pasa con la famosa ausencia de presupuestos? ¿No es un prejuicio encubierto? Algo parecido preguntaba yo. Con una sonrisa Nietzsche respondió solamente: no tan rápido.

Solo mucho más tarde me di cuenta de mi necedad y lamenté mi descuido de no haber guardado en la despensa de mi memoria nada de la riqueza intelectual del presente que me había llovido del cielo en el trato con Nietzsche y con otras importantes personalidades. Excepto algunas pocas cosas, no tengo indicaciones exactas y noticias verbales. Así desaparecieron desgraciadamente muchos recuerdos de mi memoria, con la excepción de un texto que es apenas legible, ¡recuerdos que yo supuse erróneamente enterrados en vida!

Nietzsche me dio una vez el buen consejo de tener a mano papel y lápiz por la noche, como él mismo hacía, puesto que por las noches a menudo nos visitaban ideas raras, que uno debía retener en el acto al despertarse por la noche, pues por la mañana no se las encontraría de nuevo la mayoría de las veces, se disipaban con la oscuridad de la noche.

De nuestras pequeñas excursiones y paseos me acuerdo especialmente de un paseo matutino sobre el Monte Boron. Hacía un día espléndido y soplaban el Mistral excitándolo todo, cuando nosotros después de una subida muy pendiente llegamos a lo alto del monte. Nietzsche en un estado de ánimo ditirámico lo alabó como el redentor de lo terrenal, para él había en las oscilaciones, en los rugidos del viento algo que liberaba de forma agradable. Cuando llegamos a una cierta altura nos pararon unos gendarmes franceses, pues cuando se llegaba a un punto de la cima del monte estaba prohibido seguir más allá. Justo en ese lugar había una sencilla Hostería, y bajo una pérgola había mesas de madera y bancos. Nos sentamos allí, en medio de la magnífica naturaleza montañosa. Mirando hacia lo alto teníamos una variedad pintoresca de picos redondeados y hacia abajo veíamos la costa encantadora con sus atractivas bahías, rodeada por una corona exuberante de verde, desde la que grupos de casas se iluminaban como flores brillantes. Allí probé por primera vez «el vermut de Torino», al que me invitó Nietzsche, que en un estado de ánimo excitante estimulado por el Mistral, estaba de un humor eufórico y tenía ocurrencias divertidas. El «monte vigilado» fue el punto de partida de una serie de versos, que recitó espontáneamente. Yo estaba sorprendida, pero entonces comencé a poner mi granito de arena. No era una improvisación de altos vuelos, eran pareados divertidos y chistosos, que me mostraron a un Nietzsche inesperado.¹²

Otra vez Nietzsche me invitó a que fuéramos a ver juntos una corrida de toros en Niza, en la que por orden oficial no debían actuar caballos, ni se podía matar a los toros, algo que satisfacía mis ideas sobre el amor a los animales. Sin embargo, pronto nos pareció esa broma domesticada una caricatura de la corrida de toros y nos dio un ataque de risa. El comportamiento similar de los seis toros, que se sucedían en el ruedo, parecía traicionar a su vez un conocimiento de las ordenanzas y especialmente resultaba cómico, cuando el toro al final salía corriendo vertiginosamente por la puerta de dos grandes hojas que se abría en el fondo.

Nosotros aplaudimos y esperábamos que volvería de nuevo como un actor y se inclinase para dar las gracias. En esta corrida en la plaza que tenía por objeto «que nos divirtiéramos», estaba fuera de lugar la música de Carmen que tocaban al principio y en las pausas, como si tocasen con fanfarria de guerra en un baile rural. Y de repente, provocada por el contraste entre este cómico espectáculo y los ritmos excitantes y cálidas melodías, sentí desde el profundo inconsciente un deseo vehemente por ver una auténtica «Corrida de

12 Solo muchos años después al leer el libro “Der einsame Nietzsche”, (p. 228) me enteré de que él cuando acompañó a su hermana durante un largo viaje en tren de Roma a Como *todo el tiempo* fue haciendo pareados cómicos, «*algo que solía hacer cuando estaba de buen humor*».

toros» (sic) española con su esplendor y grandeza cautivadores, con su salvaje estilización y toros que se defienden heroicamente. A mi observación sobre este nuevo rasgo descubierto sobre la crueldad en mi naturaleza unió Nietzsche interesantes observaciones de todo tipo, de naturaleza psicológica individual y general, que yo desgraciadamente no puedo repetir con sus palabras exactas y podría falsearlas formulándolas a mi manera.

Esta música tenía un efecto electrizante en Nietzsche, que la escuchaba como transfigurado, llamando mi atención con palabras apasionadas sobre el ritmo animado, sobre lo elemental y pintoresco de esa música. Entonces no había visto todavía *Carmen*, solo había oído piezas sueltas, no sabía nada sobre Bizet y escuché interesada lo que Nietzsche me contó sobre el compositor que había muerto a la edad de 37 años y que no había sido reconocido en vida. Cuando mucho más tarde leí en alguna parte, que la predilección de Nietzsche por la música de Bizet había sido artificial, una pose, y una reacción contra Wagner, contradecía la imagen que yo recordaba de Nietzsche en Niza. Me parecía más bien, que Nietzsche pudo haber sentido que sus nervios se excitaban con esta música como si fuera una corriente viva que penetraba en lo profundo de su ser psicopático, agitándolo, y que producía un sentimiento de felicidad plena en su interior, parecido al efecto del Mistral cuando rugía. Consideré que el amor que sentía por esta música era auténtico, pero el cómo la utilizaba y la transformaba en un juicio de valor musical contra Wagner, es algo que pertenece al ámbito de las intenciones y que tiene su origen en lo profundo de su ser.

Nietzsche también me propuso una excursión a Monte Carlo y una visita al Casino. Yo, sin embargo, le expliqué de una manera categórica que no podría respirar en ese ambiente y que prefería ver de nuevo una corrida de toros en Niza como un ser humano sin dignidad. Nietzsche se echó a reír divertido por mi ingenua indignación moral y decía que sería un estudio interesante ver de cerca y observar a este público del Casino: hombres de diversas nacionalidades y de distintas clases, que la mayoría «había arruinado la honra, la salud y la bolsa». Sin embargo, yo seguí negándome y le dije que a mí no me atraían ni las salas de juego ni los tipos de jugadores, aunque me habría gustado ver en toda su belleza encantadora el pintoresco paisaje, que se podía contemplar solo en pequeños trazos al pasar con el tren.

De vez en cuando hablábamos también sobre nuestros amigos comunes y él siempre hablaba con gran veneración de Malwida von Meysenbug, aunque de vez en cuando también hacía gracias llenas de humor sobre su valoración optimista del hombre y su modo superlativo de expresarse. También hablaba con gran admiración de la inteligencia extraordinaria de Lou Salomé y de su «Himno a la Vida», que me lo recitaba entero. Una vez dijo que no me tenía que escandalizar de la cita del látigo - que más tarde fue tristemente célebre -

del *Zaratustra*, algo que no me había gustado nada, puesto que yo no la entendí como un juicio general sobre las mujeres, sino solo como una generalización poética de casos concretos. Él no me dio detalles sobre la fuente original de este «consejo», como cuando lo leí más tarde en el libro de Elisabeth, pero me dijo de una manera breve y concisa, de quién había opinado con aquello cuando lo escribió en su *Zaratustra*.

Después de un largo paseo matutino por la playa, que recuerdo claramente, y de una conversación sobre el Yugurta de Salustio, ocasionada por mi antigua preferencia por este escritor, en la que mi opinión sufrió muchas correcciones por las objeciones de Nietzsche, cuando nosotros volvíamos de regreso a la ciudad, comenzó mi acompañante a hablar de Napoleón, de la única personalidad histórica que parecía fascinarle y del que me dijo con grandísima admiración que era un tipo de transición hacia el superhombre. También mencionó delante de mí, que su propio pulso era tan lento como el de Napoleón, con 60 pulsaciones por minuto. Lo que Nietzsche, sin embargo, no expresó entonces, y me quedó claro después leyendo sus obras, fue su parentesco próximo con el gran corso, respecto a la *fuerza de la voluntad*, a pesar de la diferencia observada entre las dos personalidades en el tratamiento de sus psiques. Así llegamos conversando animadamente a la Jetée y estando en la barandilla me mostró señalando hacia el horizonte de la radiante planicie del mar aquel lugar en donde se puede ver en ocasiones Córcega como una franja pequeña. Habló entonces del plan que tenía de visitar Córcega y recorrer la isla partiendo de Bastia pasando los montes en dirección a Ajaccio como meta final. Estudiaba ahora este plan de viaje romántico. Llena de fantasía y vitalidad como yo soy, exclamé sin pensarlo: « ¡Es ciertamente un plan tentador y fantástico! ». Entonces me preguntó Nietzsche sobre si quería acompañarle, y me dijo que hace tiempo que había pensado en ese viaje y sabía exactamente cómo hacerlo «de la mejor manera». Volvimos del Jetée al Paseo de los Ingleses, donde había mucha gente, pero me llamó mucho la atención la calle llena de colores - y el tema de Córcega no se volvió a tocar.

Nietzsche me dijo que Malwida le había dado a leer una poesía mía y que la juzgó benévolamente, pero añadió: «Usted todavía no ha encontrado su fondo». Yo era muy tímida, y no quería continuar la conversación, aunque me hubiese gustado saber si Nietzsche opinaba que en realidad me faltaba un contexto o un trasfondo «común» para los tres poemas o si su opinión se refería a la última poesía sobre la muerte de Wagner, que Malwida me había descrito en una carta como «una poesía muy bella». La frase me dio que pensar, pero no hice ninguna pregunta. Era tan ignorante sobre fondo y cavernas por aquel entonces y sin embargo me habría podido instruir el Zaratustra vivo sobre estos y sobre el funesto laberinto.

Tanto en Niza como más tarde en Sils Maria Nietzsche me habló a menudo y mucho sobre Wagner. Al principio con cautela, después con acritud, y con creciente fervor. Analizando la naturaleza de Wagner y su música despiadadamente y haciendo hincapié en la inautenticidad de su música y en su teatralidad con una crítica destructiva. Por primera vez oí que el padrastro de Wagner, Geyer¹³, había sido su verdadero padre y que por eso él tenía sangre judía. Aunque Nietzsche, por lo demás, *nunca* me había hablado despectivamente de los judíos, él lo hizo en este caso al menos con el matiz del comentario despectivo. El tema Wagner tenía un misterioso atractivo para él y sin darle yo pie para ello, volvía una y otra vez sobre el tema desde distintas perspectivas. Comenzaba con acordes mayores acometidos con fuerza y terminaba siempre en unos conmovedores tonos menores, pero especialmente, pensaba en la época de Tribschen, en donde todavía no había «ningún ermitaño en su cueva». Luego sus palabras reflejaban un dolor que llegaba desde lo más profundo y sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Aquellos tiempos felices debían haber sido entretejidos con las fibras emocionales más íntimas de su corazón! Cuanto más a menudo me hablaba de ello en Niza y en Sils Maria, tanto más claro era para mí la tragedia de lo vivido, que se cifraba en la pérdida de esta amistad sumamente tensa - quizás demasiado desenfrenada - , y tanto más visible se hacía la sangre de una herida, que ya no cicatrizaba.

A parte de su alienación espiritual sobre acontecimientos que habían ocurrido, Nietzsche no me dijo nada, ni positivamente ni con alusiones sobre cualquier otra circunstancia o necesidad que hubieran roto esa amistad, o sobre cualquier descubrimiento en su propia alma o en la de otro hombre de tal categoría como para abrir necesariamente un abismo insalvable entre amigos.¹⁴

Entre los libros que me trajo Nietzsche para que los ojease, uno de los primeros fue *Inquiries into Human Faculty and its Development*, obra de Francis Galton, fundador de la eugenesia, que se había publicado recientemente. Mientras ojeaba el libro con gran interés, leyendo el título de los capítulos y la tabla de los fotogramas, Nietzsche me explicaba esquemáticamente los problemas de los que trataba y los resultados obtenidos sobre el campo de la

13 Ludwig Geyer (Eisleben, 1779 - Dresde, 30 de septiembre de 1821), actor, dramaturgo y pintor alemán, fue el padrastro del compositor Richard Wagner, cuyo padre biológico murió unos seis meses después de su nacimiento. En sus últimos años Wagner encontró algunas cartas que le llevaron a especular con la posibilidad de que Geyer podría haber sido su verdadero padre biológico y que Geyer era judío. La relación de Geyer con Wagner fue una de las varias controversias que rodearon al compositor durante su vida y después. [NT]

14 El «amor» a Cosima Wagner, si con ello no se opina otra cosa que la admiración que sentía por esta mujer superdotada, pertenece según mi opinión al terreno de esas construcciones fantasiosas que son llevadas a cabo por las marejadas literarias sobre Nietzsche.

transmisión hereditaria y la evolución en conexión con Darwin y la refutación en parte de sus teorías. Después de estas clases particulares fascinantes sobre la obra de este investigador inglés a quien él admiraba tanto, se llevó el libro.

Me habló mucho de Henri Beyle, que llegó con los ejércitos de Napoleón a muchos países, y se compenetraba intelectualmente, artísticamente y afectivamente con culturas extranjeras, especialmente Italia. El escritor, sumamente apreciado bajo el pseudónimo de Stendhal, muy admirado por sus agudos análisis de los fenómenos psíquicos, que creó en Francia una escuela, despertaba entonces un gran interés en Nietzsche. Si Bourget¹⁵ dice de él: «il est philosophe, viveur et soldat» y habla de su «puissance et si l'on veut manie de la dissection intime», se definen con ello de un modo característico las esferas de la vida y del espíritu de Stendhal. Con un énfasis especial me contó Nietzsche cómo Stendhal con una seguridad desconcertante había anunciado que llegaría a ser famoso 40 años después. En este contexto hizo también observaciones sobre su propia fama posterior, «cuando la época llegue a su madurez». Para que yo pudiese conocer al psicólogo que él había colocado en un lugar tan alto, me regaló «Le Rouge et le Noir», una de las obras más conocidas de Stendahl. Me pidió que leyese en voz alta *Poetes et Artistes* de Emile Montégut, y me dio el libro de Père Didon¹⁶, *Les Allemands*, para que lo leyese, puesto que él encontró de gran interés cómo describía el semblante espiritual de los alemanes y franceses y lo que Didon dice en él sobre las escuelas de educación superior y su desarrollo histórico en ambos pueblos. Lo leí durante mi estancia en Niza y en mi diario de aquella época tengo anotadas algunas de las antítesis; por ejemplo: «L'allemand voit large et confus, nous voyons clair et juste, son écueil est le vague, l'obscurité, nous avons à craindre d'être superficiels. Notre défaut à nous autres Français est un excès de franchise, le défaut des Germains est l'excès dans la réserve. Nous parlons trop, ils parlent trop peu; nous sommes éloquents, ils ont taciturnes. La fausseté est une exception chez nous, la franchis en est une chez eux... etc.»

Los libros que me recomendó Nietzsche para leer fueron: *Les Memoires du Comte de Maurepas* y las de Madame de Rémusal, *L'art au XVIII siècle* de los hermanos Goncourt, sobre la historia de Saint-Simon, «como la estudiada mayoritariamente por los escritores franceses contemporáneos», *Memorial de Saint-Hélène*, de Las Cases, etc. Los únicos libros alemanes que me ha citado, excepto el libro de Grimm sobre Emerson, por el que sentía una gran simpatía, fueron la obra del gran historiador católico Johannes Janssen, que la definía como «la obra más importante sobre la Reforma, de una riqueza material enorme» y *Nachsommer* del poeta austriaco Adlabert Stifter, y me

15 *Essais de Psychologie contemporaine*, Paris, 1885.

16 Paris, Calman Lévy, 1884.

la recomendó como un libro lleno de perfume de rosas. Sobre la *Historia de la literatura del siglo XIX* de Georg Brandes, especialmente el volumen de los franceses, hablaba muy a menudo de ella con gran estima en encuentros posteriores. Estaba muy ocupado con los escritores franceses coetáneos y le gustaba establecer paralelismos entre autores franceses e ingleses. Matizando agudamente con un extraordinario entusiasmo y una distribución cambiante de luz y sombra, precipitándose a menudo en imágenes precisas, dio prioridad a los autores franceses, «los cuales llevaban todo al extremo artística e intelectualmente». Para la poesía dramática francesa del período clásico así como para el arte dramático representativo de los franceses él tenía solo palabras de admiración. Caracterizaba a la cultura francesa del siglo XVII y del XVIII como la perfección en la forma, una actitud con mucho estilo, y distinción de las maneras, que, partiendo de los círculos cortesanos, encontraba su expresión en la vida social. También citaba muchos ejemplos de personalidades históricas para ilustrar la preservación de esta bella forma incluso en momentos difíciles. Además soltaba siempre indirectas sobre la incultura alemana y su grosería, la falta de actitud, pues nada le parecía más repelente que los malos modos y la dejadez. Y solo encontró palabras de repulsión para las jergas de los estudiantes alemanes.

Nietzsche me habló mucho de Taine, con el que mantuvo una correspondencia y me aconsejó leer de él *Origines de la France contemporaine*. De él me contó con dramática vivacidad la escena conmovedora que Taine relata, sacada de los papeles de *La Harpe*. Me impresionó mucho la fuerza con la que Nietzsche se expresaba, cuando al final del relato llegó al diálogo entre Cazotte con la duquesa de Grammont y lo presentó lentamente y vacilando, como lo que seguía. Al leer la obra de Taine poco tiempo después durante el semestre de verano en Zúrick, comprobé cómo Nietzsche me había contado de una manera detallada y exacta todas las particularidades de este raro suceso. Todavía hoy vibra en mí un eco de la escena *narrada* no de la *leída*, cuando rememoro mis ideas de aquella época. Nietzsche no hizo ni observaciones burlescas ni sinceramente críticas, tampoco expresó ninguna duda respecto a la verdad de esta escena descrita en los papeles de La Harpe y se abstuvo de explicar esta verdadera profecía. Cuando pienso en cómo Nietzsche se manifestó en sus escritos posteriores, que a menudo tienen una fatal similitud en el tono y acento con las manifestaciones de los miembros de «esa sociedad académica», aunque están por encima de ellas en cuanto al grado de una genial espiritualidad, y cuando vuelvo a recordar aquella narración de nuevo, y la manera tan impresionante como él lo hacía y del énfasis de aquel pasaje donde Cazotte con la carcajada de todos los presentes profetiza el cambio de sentido de La Harpe, entonces se revisten esas manifestaciones con un pathos especial.

También me ha contado Nietzsche algo que yo ya antes había oído de Malwida sobre su encuentro con Manzini, al que él en un viaje a los Alpes tuvo casualmente como vecino en la Diligencia, cómo entablaron conversación. Este había hablado con profunda admiración de Goethe y cita los versos siguientes, que Nietzsche no conocía, de los poemas a las logias masónicas:

Desprenderse de la mitad
Y en general, vivir resolutamente
La belleza total¹⁷.

Nietzsche me regaló entonces «Así habló Zaratustra» con las tres partes que se habían publicado hacía poco, me las dio con una amable solemnidad, y escribió en la parte de arriba «con afecto» y debajo «In nova fert animus». Antes de que me pusiese a ojear la obra, abrió el libro por la II parte, «La canción de la noche», y me pidió que la leyese en voz alta. Ya el principio de la canción, «Es de noche: ahora hablan más fuerte todos los surtidores. Y también mi alma es un surtidor», que yo comencé a leer titubeando y en voz baja, despertó en su belleza lírica tonos que resonaban en mi interior, me vi sumergida completamente en un estado de ánimo romántico, y si al principio me molestaba oír lo que se leía en voz alta, pronto dejó de hacerlo. Esta canción de desconcertante encanto desde la zona fronteriza de un estado de soledad infinita llenó la atmósfera con sus irradiaciones de una profunda melancolía. Nietzsche permaneció durante mucho tiempo silencioso y pensaba en aquella noche en su Logia por encima de la Plaza Barberini en Roma, en donde él había compuesto esta poesía con el rumor de fondo de la Fontana.

Otra de las veces me ofreció leer en voz alta «La canción de la danza», de la Parte II del *Zaratustra*. La canción que Zaratustra canta al final, mientras Cupido y las muchachas danzan sobre el prado verde, es conmovedora. Como un tejido transparente trenzado de hilos de melancolía bambolea temblando sobre el oscuro abismo del anhelo mortal.

Hace ya mucho que se puso el sol, dijo por fin; el prado está húmedo, de los bosques
llega frío.
Algo desconocido está a mi alrededor y mira pensativo. ¡Cómo! ¿Tú vives todavía, Zaratustra?
¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué? ¿Hacia dónde? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es tontería vivir

17 «Sich von Halben zu etnwöhnen/ Und im Ganzen, vollen Schönen/ Resolut leben».

todavía? -

Ay, amigos míos, el atardecer es quien así pregunta desde mí. ¡Perdonadme mi tristeza!

El atardecer ha llegado: ¡perdonadme que el atardecer haya llegado!

Inmóvil y en una actitud cansada se sentó Nietzsche allí, como raptado por vivir de nuevo su poesía, olvidándose completamente de mi presencia y sumergido en su mundo más íntimo, en ese reino «desconocido», «insatisfecho», «insaciable», del que Zaratustra dice en estas dos canciones, que *sea por el, en él*.

Cualquier palabra no hubiese sido más que un estorbo. Yo me mantuve en silencio durante algún tiempo y dejé que el eco interior de Nietzsche y mi estado de ánimo poético hablasen. Tiempo después, Nietzsche me dijo una vez que le hacía mucho bien que se pudiese hablar conmigo, reír, y, lo que sería raro en las mujeres, también callar.

Una de las veces me ofreció Nietzsche que leyese en voz alta «La otra canción del baile» de la tercera parte de *Así habló Zaratustra*.

Probablemente yo no había entonado su final de una manera bastante misteriosa, pues Nietzsche repetía con una voz solemnemente alterada las campanas de medianoche de «la vieja y pesada campana retumbante»

¡Una!

¡Oh hombre! ¡Presta atención!

¡Dos!

¿Qué dice la profunda medianoche?

¡Tres!

«Yo dormía, dormía -,

¡Cuatro!

De un profundo soñar me he despertado: -

¡Cinco!

El mundo es profundo,

¡Seis!

Y más profundo de lo que el día ha pensado.

¡Siete!

Profundo es su dolor -,

¡Ocho!

El placer - es aún más profundo que el sufrimiento:

¡Nueve!

El dolor dice: ¡Pasa!

¡Diez!

Mas todo placer quiere eternidad -,

¡Once!
 - ¡quiere profunda, profunda eternidad!»
 ¡Doce!

Entonces se levantó para despedirse, y cuando estábamos junto a la puerta, de repente se le cambió la cara. Con una expresión rígida en el rostro, echando una mirada tímida alrededor de él, como si le amenazase un espantoso peligro si algún curioso escuchase sus palabras, con la mano en la boca y bajando la voz me anunció susurrando el «secreto» que Zaratustra le había dicho al oído a la vida, a lo que la vida le había respondido:

¿Tú *sabes* eso, oh Zaratustra? *Nadie sabe* eso.

Había algo de extraño y raro en la manera como me comunicó Nietzsche el «*eterno retorno de lo mismo*», y el alcance enorme de esta idea. Me extrañó más que su contenido la manera en que me lo comunicó. Otro Nietzsche diferente estaba delante de mí y me había asustado.

Pero cuando él volvió a su natural modo de hablar y a su usual comportamiento, sin desarrollar más la idea, añadió tranquilamente que solo más tarde comprendería la gran importancia de la revelación en todo su significado, de este modo tuve la impresión de que Nietzsche había jugado intencionadamente con el instrumento de mi impresionabilidad, para que no se me olvidara la enormidad de este descubrimiento. En Sils Maria volví a recordar vivamente esa rara escena con una vivencia nueva que analicé de forma distinta.

Nietzsche eligió también para leer en voz alta «La canción del sepulcro» y «La canción de los siete sellos», de la tercera parte de *Zaratustra*, tampoco faltó el comentario al pasaje del búho monstruoso¹⁸. Sin embargo al contrario de las otras tres canciones mi recuerdo se desvanece curiosamente en la lectura de estas dos. Me es imposible evocar de nuevo desde el oscuro reino del olvido cómo me afectó, ni el recuerdo del comportamiento de Nietzsche al escuchar su confesión siete veces, que suena como una promesa de amor mística:

«¡Pues yo te amo, Oh eternidad!»

Tengo un recuerdo claro de haber leído las dos canciones, pero en relación a las circunstancias que rodearon este hecho mi memoria es una tabula rasa.

Había visto y escuchado muchas cosas nuevas e interesantes en Niza, había recibido un montón de sugerencias intelectuales, y de este modo volví a mis estudios enriquecida y satisfecha.

18 El «búho monstruoso y repugnante» representaría al filólogo (Wilamowitz von Möllendorff) que se atravesó en su carrera de catedrático universitario. (NT)

Hacia mediados de julio del mismo año, Nietzsche estuvo en Zúrich durante un breve tiempo. Recuerdo un bonito paseo bajo las sombras de viejos árboles altos y enormes sobre la lengua de tierra situada pintorescamente llamada «Limmatspitz», en donde los ríos Sihl y Limmat se unen. Sus pensamientos daban rienda suelta a los tiempos pasados de una historia suiza, de la que él me dejó entrever algunas imágenes brillantes con rasgos preñantes y sugestivos.

2. SILS-MARIA mediados de agosto de 1884

El segundo encuentro con Nietzsche tuvo lugar en Sils-Maria, donde había llegado a finales del semestre de verano de 1884 en compañía de la estudiante de medicina Clara Willdenow, en el viaje de vuelta a mi patria austriaca, que comenzó con rutas a pie. Si en Niza había conocido a un Nietzsche aparentemente sano, aparte de sus ojos enfermos, esta imagen sin embargo cambió durante mi corta estancia en la Engadina, en donde hablaba mucho de sí mismo y de su enfermedad, y donde tuvo una fuerte crisis, que le mantuvo postrado en cama un día y medio. Durante el resto del tiempo de mi estancia me hizo de nuevo de guía en los paseos y me mostró varios de sus lugares preferidos donde descansaba. Me llevó también, como antes y después lo hizo con otras de sus visitas, al bloque rodeado por el agua en la orilla del lago de Silvaplana, a la roca de Zaratustra, a este maravilloso lugar de una belleza natural grave, donde el lago verde oscuro, el bosque cercano, las altas montañas, y el solemne silencio tejían en conjunto una atmósfera mágica. Después de haberme sentado, accediendo a su ruego, sobre su «piedra sagrada», Zaratustra comenzó a hablar del mundo de su alta tensión emocional y espiritual, y vertió en palabras ditirámicas muchas ideas e imágenes. Luego, me habló de la rapidez con la que había surgido cada una de las partes de esta obra, acentuó el carácter excepcional de esta producción, una inspiración que no podía seguir cuando redactaba. De la forma en la que me hablaba sobre ello no había ningún rasgo de delirio de grandeza patológico ni jactancia quasi-normal, ni en la elección de las palabras, ni en el tono de su discurso, el cual revelaba más bien un ingenuo e infinito asombro, como si fuera algo desconcertante para él, y todo su ser vibró en un estado de agitación. Esta visita de la roca de Zaratustra la recuerdo todavía hoy con un realismo conmovedor. La forma poética de crear Nietzsche me pareció entonces un efecto de su potente genialidad, no se me ocurrió interpretarlo sintomáticamente o juzgarlo críticamente.

Cuando seguimos caminando por la orilla del lago, dejando atrás la zona del encantamiento de Zaratustra, cesaron también las vibraciones llenas de misterio en el ser de Nietzsche, y comenzó una relajación natural, favorecida por la deliciosa brisa y la pureza del aire de este caluroso día de verano, al que

no amenazaba en el horizonte ninguna «nubecilla eléctrica», tan temida por Nietzsche.

Según el proverbio que dice, «de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso»¹⁹, nosotros también dejamos pronto las regiones ideales de la poesía filosófica por las tierras bajas de la cruda realidad y el estado de ánimo grave de la solemne seriedad por el suave juego de las olas de la comedia diaria. Cuando entramos en el bosque bajaba alegremente por la ladera de la montaña hacia nosotros de forma precipitada un rebaño de vacas dando saltos sin sentido. Traté de escapar de ellas y Nietzsche, al verme involuntariamente asustada, aunque divertida al mismo tiempo, levantó caballerosamente la sombrilla gris que era siempre su conocido acompañante, saltó hacia adelante y hacia atrás, blandiéndola a la defensiva, mientras el pastor reunía el rebaño disperso y pronto desapareció con él. Estos gestos defensivos, contrastaban tan llamativamente frente a su apariencia externa, y su actitud tranquila y comedida, que me di cuenta de lo cómico de la situación y me dejé contagiar de su risa. Esta pequeña escena nos recordó a los tranquilos y amodorrados toros de la plaza de toros de Niza, donde nos divertíamos incitándolos, y terminamos entablando una chistosa conversación. Le conté entonces, para justificar mi retroceso vergonzoso ante el rebaño asustado, cómo mi mamá y yo en el campo, cuando tenía cinco años, pudimos salvarnos de un toro enloquecido que nos persiguió hasta la primera casa del pueblo. De manera natural entablamos una interesante conversación sobre el efecto-onda, que se da a menudo a lo largo de toda una vida, producido por un *choc nerveux* producido en la infancia. Todavía me acuerdo, que durante un paseo matutino por la orilla del lago de Sils, llegamos hasta un lugar desde el que se podía ver a lo lejos en un lugar pintoresco el gran hotel, Hotel von Moja, recientemente construido, destinado a la «aristocracia católica», como decía Nietzsche. Luego regresamos y subimos a un promontorio pequeño, en donde, cruzado por una mancha verde de césped rodeado de rocas cubiertas de musgo y de arbustos densos, Nietzsche ocultaba su lugar de descanso, en el que el poeta y el pensador mantenía un diálogo consigo mismo sin que le molestara nadie. Aquí comenzó de nuevo a tocar su tema preferido, esta vez profundamente triste con lágrimas en los ojos quejándose de la pérdida insustituible de su antigua amistad con Wagner. Volvió a hablar también de Taine, puesto que yo entre tanto había leído en Niza *Los orígenes de la Francia contemporánea*, obra que me había recomendado Nietzsche, y se detuvo de nuevo en esa famosa profecía verdadera de Cazotte²⁰. Aludió también a que Taine le había escrito

19 En el original en francés: « Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas ».

20 Jacques Cazotte fue un escritor francés del siglo XVIII cuyas obras, en las cuales se mezcla realidad y fantasía, constituyen un antecedente del Romanticismo y de la literatura fantástica.[NT]

hacía poco tiempo, diciéndole que tenía en la mesita de noche su *Zaratustra*, y que era lo último que leía antes de acostarse. En una visita a Weimar me dijo la señora Förster-Nietzsche que entre las cartas de su hermano no se había encontrado ninguna con esta alusión.

Fue en Sils-Maria cuando Nietzsche me habló de sus crisis y los terribles dolores de cabeza que padecía y de los *distintos* remedios que había utilizado para combatirlos. En Rapallo y en otros lugares de la Riviera del Levante, en donde él había pasado sus peores momentos de salud, se había prescrito, sin embargo, recetas con la firma de Dr. Nietzsche, y se las habían preparado y entregado sin preguntas y sin vacilar. Por desgracia no he anotado nada sobre eso y solo me acuerdo del conocido Cloralhidrato. Pero ya que Nietzsche, como él expresamente me dijo, no había sido desenmascarado ni le habían preguntado si era médico y si estaba autorizado a prescribir esta clase de medicamentos, deduzco que entre las prescripciones debían de figurar algunas medicinas sospechosas. Por lo demás, me decía que él conocía su verdadera enfermedad mejor que cualquier otro médico y comprendía también mejor qué medicina había que aplicar. Nietzsche nunca me dijo que había consumido hachís, tampoco me puedo acordar de haber escuchado de sus labios la *palabra* hachís, pero de lo que no cabe duda, es que en sus intensivas lecturas de escritores contemporáneos franceses – entre ellos también Baudelaire –, ya conocía en el verano de 1884 el hachís como un nuevo estupefaciente emergente. En la *Gaya ciencia* de 1882²¹ se menciona ya el fumar hachís, aunque solo como una costumbre oriental para buscar el éxtasis. Cuando llegué a París a finales de octubre de 1884 nada más llegar me contaron de todo sobre el uso y el consumo de hachís, leí un artículo sobre la diferencia entre fumar opio y fumar hachís desde el punto de vista fisiológico y psicológico, oí nombrar a personalidades del estamento de la más alta sociedad, que habían intentado soñar el sueño del hachís, etc. En mi diario de aquella época está escrito: «le hachís ou *dawamesk* est une décoction de nabis indica, mêlée à un corps gras, á du miel et á des pistaches pour lui donner la consistance d'une pate ou confiture»²². Me contaban también que había caramelos de hachís que sabían muy bien. Yo tenía ganas de probar su efecto en mí - solo una vez por curiosidad psicológica – pero resistí a la tentación de ese dulce veneno.

Como Nietzsche usaba todo tipo de medicamentos contra sus dolorosos e insoportables ataques, también hacía todo tipo de dietas. Durante una conversación sobre dietas me aconsejó para que lo estudiara el «Manual de la fisiología» del fisiólogo inglés Foster, del que él había aprendido mucho.

21 Allí está en la página 109 «Teatro y música: fumar hachís y mascar betel de los europeos». [OC III 781, prf. 86, NT].

22 *Las Flores del mal*, de Charles Baudelaire. Precedido de un prólogo de Théophile Gautier.

Entonces oí por primera vez hablar del *sout* y *pale ale*²³. Aunque Nietzsche me elogió por propia experiencia los «buenos efectos del uso alternativo» de estos tipos de cerveza ingleses, no sé, pero creo, que estas también pertenecían a los intentos de Nietzsche de cambiar a menudo las dietas. En esta ocasión Nietzsche habló también de anomalías fisiológicas e idiosincrasias. Pero entonces cambiando de materia a cuestiones intelectuales comenzó a aplicar pródigamente la expresión «idiosincrasia» a construcciones conceptuales y fundamentos morales, en un ingenioso e interesante juego de analogías.

Después de que Nietzsche no se hubiese dejado ver durante día y medio, porque estaba enfermo, la señorita Willdenow²⁴ y yo fuimos a informarnos por la mañana para ver cómo se encontraba. Nos dijeron que ya estaba mucho mejor y que le gustaría hablar conmigo. Mientras mi acompañante esperaba a la entrada de la pequeña casita construida sobre el acantilado, me condujeron por una escalera empinada a un pequeño y modesto comedor. Aquí estuve esperando junto a la mesa, cuando se abrió la puerta de la derecha que daba al dormitorio y Nietzsche apareció. Se apoyaba cansado en las jambas de la puerta medio abierta, con una expresión turbada y con la cara pálida, y comenzó a hablar enseguida sobre lo insoportable que era su sufrimiento. Me describió cómo él, tan pronto como cerraba los ojos, veía un montón de flores fantásticas, que crecían continuamente abrazándose y trepando, cambiando de formas y colores en exótica exuberancia. «Nunca tengo paz», se quejaba, palabras que se me quedaron grabadas. Entonces dirigió hacia mí sus grandes y oscuros ojos llenos de angustia y me preguntó con su débil voz y con una insistencia inquietante: «¿No cree usted que este estado es un síntoma de una locura incipiente? Mi padre murió de un enfermedad cerebral». Profundamente consternada por esta pregunta completamente inesperada que me hizo, me pasaron por la cabeza todo tipo de pensamientos y de repente me vino a la memoria una dama que sufría manía persecutoria, que me había hecho estremecer con una pregunta parecida. Yo no contesté inmediatamente y por segunda vez me volvió a hacer Nietzsche esta pregunta conmovedora, que me parecía que delataba un gran estado de ansiedad casi incontrolable. Estaba confusa, sin embargo, sentía que debía decir algo tranquilizador en contra de mi intuitiva comprensión de la situación y expliqué de una manera decidida que estos fenómenos de excitación del nervio óptico de sus débiles ojos no era seguramente indicio de una enfermedad mental, etc.; al despedirme le deseé que se recuperara pronto de este ataque. Esta escena me dejó una profunda impresión, especialmente por la angustia desenfundada que se reflejaba más

23 Tipos de cerveza inglesa.

24 Clara Willdenow (1856-1931) fue una de las primeras mujeres alemanas en obtener un título en Medicina, pero tuvo que estudiar y titularse en Suiza, porque le negaron el acceso en Alemania. Era lesbiana y nunca intentó ocultar su orientación sexual.

en su semblante y actitud que en sus palabras. Embargada profundamente todavía por la emoción, le conté la conversación a Clara Willdenow, que como estudiante del primer semestre de medicina todavía no sabía mucho de los primeros síntomas de las enfermedades mentales, lo mismo que yo. Tardamos mucho tiempo en tranquilizarnos sobre estas manifestaciones de Nietzsche que delataban esos oscuros temores y graves estados de angustia²⁵. Como en el destello del relámpago yo miré por segunda vez en las funestas profundidades de su personalidad; por un momento me había aparecido de nuevo otro Nietzsche.

No me puedo creer, que Nietzsche me hubiese comunicado *solo a mí* esa angustia ante la locura, aunque quizás fuese solo algo raro y pasajero. Yo misma conozco solo un poco la muy abundante literatura que hay sobre Nietzsche, sin embargo en el cuaderno dedicado a Nietzsche de la *Süddeutschen Monatshefte*, de noviembre de 1931, en donde Josef Hofmille toma y selecciona interesantes citas de muchas fuentes sobre las circunstancias de la enfermedad de Nietzsche, no encontré ningún pasaje en el que se hiciese una manifestación tan directa de Nietzsche como la que me hizo a mí en agosto de 1884. Cuando a finales de octubre de 1897, volviendo de Rusia a Suiza, visité en Weimar a la señora Föster-Nietzsche, quien me había invitado varias veces y deseaba conocerme personalmente, ella quería escuchar todo lo concerniente a la época de mis encuentros con su hermano y me preguntó por lo referente a nuestras conversaciones. Naturalmente le hablé también entre otras cosas de aquella pregunta del difícil destino de Nietzsche en Sils-Maria, que había permanecido en mi memoria como una conmovedora revelación de una angustia sumamente obsesiva de una premonición. Ella, sin embargo, rechazó inmediatamente alarmada lo que le conté y dijo con énfasis, que yo debía de haber comprendido mal el significado de esa manifestación de su hermano, que estaría todavía bajo los efectos de una crisis horrible. Sin embargo, para ella él no podía de ningún modo haber dicho que su padre había muerto de un ataque cerebral, pues murió a consecuencia de un grave accidente. Como me di cuenta de que la conversación le ponía muy nerviosa, no le contesté y lo dejamos. Pero una negación, no importa del tipo que sea, no puede anular o cancelar una experiencia personal que por su propia naturaleza había de dejar una impresión tan profunda. En 1914 ella publicó «Der junge Nietzsche»²⁶. En él se confirma que el padre de Nietzsche había muerto de una «afección cerebral». En la pregunta que me hizo Nietzsche, el padecimiento

25 La doctora en medicina Willdenow, que había abierto después consulta como médico más en Zúrich, había muerto allí hacía varios años, según me contaron. Por eso lamentablemente no me puede confirmar *lo que pasó inmediatamente después de esa escena*, (que ella misma no había vivido), *lo mismo que el contenido de la descripción mencionada arriba*.

26 E. Föster Nietzsche, *Der junge Nietzsche*, 1914, p. 18 ss.

cerebral de su padre lo relaciona con su propia afección ocular, con sus episodios severos de dolor de cabeza y sus tormentosos estados de angustia etc., y por eso es interpretado por él como algo hereditario, mientras que Frau Föster-Nietzsche según la descripción que da en su libro, parece establecer la causa de la enfermedad de su padre en la caída de espaldas que sufrió unas semanas antes al bajar los siete escalones de piedra en el adoquinado del patio, a consecuencia de la cual murió once meses más tarde. En abril de 1936 fue publicado por el Archivo Nietzsche un boceto²⁷ autobiográfico de cuando Nietzsche tenía 19 años. Entre otras cosas se dice: «El primer acontecimiento que alcanzó mi conciencia en pleno crecimiento fue la enfermedad de mi padre. Fue un reblandecimiento del cerebro. El creciente padecimiento de mi padre, su ceguera, su demacrada figura, las lágrimas de mi madre, los gestos llenos de preocupación del médico, y finalmente, los desconsiderados comentarios de la gente del pueblo, me hicieron adivinar una desdicha amenazante. Y esta desdicha llegó: mi padre murió. Yo todavía no tenía cuatro años.»²⁸ *La caída por las escaleras no se menciona aquí.*

Tan pronto como Nietzsche volvió a aparecer listo para pasear y charlar, nada recordaba uno de esta escena de la enfermedad. El tiempo de nuestra estancia pasó rápido y cuando la Señortia Willdenow y yo esperábamos la diligencia de Maloja y Nietzsche se despidió de nosotras, me dijo con lágrimas en los ojos: «Esperaba que usted se quedase más tiempo aquí. ¿Cuándo volveré a oír su dulce risa?».

3. ZÚRICH. 28 de abril a 6 de mayo de 1887

De algunos encuentros posteriores con Nietzsche en Zúrich, que fueron solo de naturaleza esporádica, apenas tengo recuerdos. En uno de ellos me encontré al Profesor Freund, el músico, en su compañía, con el que él había estado discutiendo sobre una representación de *El león de Venecia* de Peter Gast²⁹. Ya antes, especialmente por este motivo, Nietzsche derramó la locuacidad entusiasta de su alma musicalmente afinada sobre la creación de su amigo, que él no podía elogiar bastante por su gracia y riqueza melódica. Sin embargo, no consiguió despertar mi interés, puesto que él dejó que se viese demasiado claramente su posición contra Wagner. Pero lo que él me dijo

27 Titulado «Mi vida», escrito por Nietzsche como alumno de la Escuela de Pforta el 18 de septiembre de 1863. Fue encontrado en el *Nachlass* de Frau Föster-Nietzsche en un cofre lleno con viejas cartas y otros documentos de los antepasados de Nietzsche.

28 OC I 140, 15 [41]

29 Ópera de Peter Gast de la que Nietzsche decía sorprendentemente en carta a su madre (7-5-1885, CO V 62) que es «la música más bella desde Mozart, y ciertamente una música, que Mozart no hubiese podido escribir». [NT].

entonces sobre Hugo Wolf³⁰ - «su compatriota» -, como él enfatizaba – me impactó mucho, porque era la primera vez que me hablaba con admiración de este genio musical, despreocupado por el futuro y de ¡cómo el destino personal de ambos hombres sería similar!

La última vez que hablé con Nietzsche fue el 6 de mayo de 1887 cuando, con gran alegría para mí, apareció en mi casa una mañana. Habiendo vuelto la noche anterior de París, me encontré con una nota de Nietzsche y había oído con gran pesar que él había ya preguntado varias veces, si yo ya había vuelto, porque estaba a punto de partir. Después de las primeras palabras de saludo inmediatamente comencé a hablar de los interesantes libros que había leído recientemente en París. Uno de ellos, que me había dejado una impresión más profunda que los otros, todavía atormentaba mi mente: *La Maison des Morte*. Nietzsche me interrumpió vehementemente y exclamó como extrañado que a él le gustaría también hablarme precisamente de su descubrimiento de Dostoievski y que ahora yo me había adelantado a él. Me aconsejó que leyese «L'Esprit souterrain», un libro «extraordinariamente fascinante» y, añadió, que la traducción alemana era muy defectuosa. Me dijo que él había comparado la traducción alemana con la francesa y que encontró en la alemana, precisamente, que habían dejado fuera los mejores resúmenes y también los análisis psicológicos más largos. A uno de sus conocidos le había pedido que comparase el texto en ruso con las dos traducciones y confirmó que la alemana había mutilado el texto original. Entonces, le hablé de una visita que hice a la casa de Natalie Herzen, una personalidad de espíritu excepcional y con carácter, muy amiga de Turgeniev. En su casa me había encontrado con el Príncipe M.³¹, quien, si no me equivoco, conocía a Dostoievski personalmente, y me contó muchas cosas sobre él, que de momento todavía era un completo desconocido, y eso también suscitó el interés de Nietzsche. De este modo la conversación de la Rue d'Assas en París sobre Turgeniev y Dostoievski continuó en Zúrich a través de Nietzsche en su modo característico de iluminar cada tema intelectualmente, de manera que aunque yo no recuerde todos los detalles de la conversación, su reflejo ha quedado en el crepúsculo de un recuerdo lejano.

Me gustaría todavía como recuerdo de estos encuentros mencionar algo, que forma parte de la imagen que tengo de Nietzsche, como la había tenido entonces bajo el aura de su personalidad, influenciada todavía por lo que había leído sobre él. Esta imagen tiene una tendencia a fluctuar, como lo hizo también su ser y sus conversaciones. En respuesta a objeciones o preguntas que le planteaba, a menudo me decía que no debía considerarle

30 Compositor austriaco (1860-1903) gran entusiasta de la Wagner. Thomas Mann en el Doktor Faustus sigue a grandes rasgos las vidas del filósofo alemán y del músico Hugo Wolf.

31 Probablemente se refiera al Príncipe Mescherski, propietario de la revista *Ciudadano*, revista que dirigió Dostoievski de 1873 a 1874. [NT]

destructor de los viejos valores, que él solo tenía la intención de llevar a cabo una transvaloración y que quería construir los mismos sobre fundamentos sólidos. En ocasiones decía, «que él estaba todavía en camino, y que tenía que dar muchas sorpresas». Sus alusiones podían ser interpretadas de varias maneras; en su confesión psicológica: «hábitos breves»³², que incluye todo lo cambiante y mudable en las necesidades y relaciones humanas, uno lee entre otras cosas: «... mi naturaleza está organizada por completo para hábitos breves, incluso en las necesidades de su salud corporal y, en general, *en la medida* en que puedo ver: desde lo bajo hasta lo más alto. Siempre creo que *esta* cosa determinada me satisfará de modo duradero [...] Y un día, ya ha cumplido su tiempo [...] Así me sucede con las comidas, los pensamientos, los hombres, las ciudades, las poesías, las músicas, las doctrinas, los órdenes del día, los modos de vida. — Por el contrario, odio los hábitos *duraderos*». En este sentido él me dijo varias veces que no había puesto límites fijos al mundo de sus enseñanzas, de sus problemas de conocimiento, los cuales pudieran impedir un tránsito a otro mundo de ideas. No lo formuló tan ambiguamente como lo hago yo aquí, - yo no tengo notas literales – pero se ha referido a esta posibilidad en distintas ocasiones cambiando las formas de expresión³³.

En el campo emocional de su compleja naturaleza, el pensador y el poeta parecían ser muy sensibles a las fluctuaciones de temperatura en las relaciones humanas; parecía ser fácilmente irritable, fácilmente vulnerable y se dejaba influir tanto positiva como negativamente, «una esfera cambiante de opiniones y estados de ánimo»³⁴.

Ya entonces, la emotividad en su vida sentimental me llamó la atención como algo extraño. Especialmente en sus monólogos sobre Wagner, que comenzaban de manera apacible con juicios que él justificaba, pero luego con una acelerada velocidad en cascada de palabras, que despertaron profundidades psíquicas y terminaban en lágrimas. Su emocional hiperestesia podía fácilmente ser probada por muchos pasajes del «Der einsame Nietzsche».³⁵

Pruebas de amistad, interés en su personalidad humana, o un medio con el que sintonizaba encontraron una respuesta armónica en su peculiar naturaleza: amabilidad con los que le rodeaban, cordialidad y delicadeza, actuaban como un tónico sobre él, el apátrida, inestable – aunque solo temporalmente. De este modo Nietzsche disfrutaba de la estancia en su Sils-Maria entre «árboles

32 GC p. 213. OC III título del aforismo 295.

33 En *Quelques souvenirs sur Frédéric Nietzsche* par Silex (Bibliothèque universelle et Revue Suisse 1908) se dice: «Él no escribió a una amiga en 1882 en términos misteriosos: Mira a través de la fase en la que yo he vivido después de algunos años. Mira más allá. No os dejéis caer sobre mi cuenta. No podéis por tanto creer que ¡ser 'libre pensador' es mi ideal! ¡Yo soy ... perdóneme!»

34 HdH I, aforismo, «De los amigos». OC III afor.

35 El libro que escribió su hermana: *Der einsame Nietzsche*. [El Nietzsche solitario].

vigorosos, de amplia sombra y sosegados»,³⁶ en rasgos llenos de un corazón agradecido, preparado para él como de un amable destino, cuando él volvía cansado y helado «de la cercanía de las altas montañas, en donde tienen su nacimiento las más fuertes torrenteras»³⁷. En medio de este círculo había una anciana inglesa, inválida e inteligente, Mrs. Fynn, una católica convencida a la que Nietzsche tenía un sincero respeto. Cuando más tarde fui a conocerla personalmente a Ginebra, me dijo cómo Nietzsche le había dicho con lágrimas en los ojos, que no leyese sus libros, puesto que «había muchas cosas en ellos que podían herirla profundamente». Sus manifestaciones sobre la piedad como su «enemigo interior» no son de ninguna manera meras frases, sino la expresión de su naturaleza contradictoria. Su forma de pensar racionalista luchaba con sus sentimientos, que habían crecido y estaban todavía vivamente conectados con una ética cristiana. Su voluntad, sin embargo, levantándose poderosamente a una temprana edad desde el abismo oscuro de los instintos, le predicó a él heroísmo frente a su naturaleza emocional, incluso respecto a la compasión, y siempre dominó soberanamente su mundo de conocimiento³⁸, esta voluntad de poder de la que dice:

«Sí, hay en mí algo invulnerable, insepultable, algo que hace saltar las rocas: se llama *mi voluntad*. Silenciosa e inalterable avanza a través de los años».³⁹

Nietzsche seguramente sufrió con estos conflictos, *antes de que la acentuación patológica de su odio intelectual* le hiciese caer en la inmoderación de la expresión tanto en imágenes como en palabras, bajo un impulso creador frenético que producía pensamientos en un estado metal agudo, de manera que el Nietzsche que yo conocí en Niza y Sils-Maria llegó a ser el Nietzsche del *Ecce Homo*.

4. WEIMAR [noviembre de 1897]

Como ya mencioné, visité Weimar en otoño de 1897. Allí tuvo lugar mi primer encuentro con la hermana de Nietzsche, que trató de hacerme lo más agradable posible la estancia en la casa de Nietzsche, comportándose de una manera cordial y amable. Situada sobre una colina de la ciudad en un entorno aislado y distinguido, y presentando un panorama abierto en todos sus frentes,

36 HdH II Impresión de la naturaleza de los pios e impíos.

37 HdH *ibid*

38 Según Nietzsche, como lo expresa en el aforismo, «Que quiere decir conocer», GC “intelligere” no es algo en principio contrario a los instintos, sino solo *un cierto comportamiento de los impulsos uno frente a otro*. Él se opone la máxima filosófica de Spinoza: Non ridee, non lugere, neque detestari, sed intelligere” y señala que esta distinción se ha originado a través de un error sobre la naturaleza del pensar *consciente*.

39 Za II «La canción del sepulcro», OC IV 139.

esta Villa es un lugar apropiado para los objetivos a los que ella debía servir: el cuidado de un enfermo querido y el alojamiento de un archivo. Vi a Nietzsche por última vez en esta casa preparada para él y sus obras. En el piso superior se encontraban sus habitaciones, separadas de las otras y del archivo. Allí estaba sutilmente dispuesto todo lo necesario para su bienestar corporal; allí estuvo cuidado durante años por el amor abnegado de su hermana.

Naturalmente fue Elisabeth Förster-Nietzsche la que me propuso que visitase a su hermano, aunque yo misma no había manifestado este deseo, ya que temía que la imagen tan amable que guardaba en mi memoria de la época de nuestros primeros encuentros pudiese ser distorsionada por la impresión de una apariencia externa alterada por su enfermedad. Este temor no se materializó, pues el cuadro que me encontré, cuando entré en la sala de estar del enfermo, era aparentemente idílico. En una habitación con mucha luz se sentaban en la esquina de la mesa uno frente al otro, dos hermanos en confortable calma. Nietzsche, mucho más gordo que antes, tenía el aspecto típico de un hombre mayor muy tranquilo, en un estado de reposo. Me quedé de pie en la puerta, mientras la señor Förster-Nietzsche inclinándose sobre su hermano le decía: «Mira Fritz, quien entra por la puerta, es Resa Schirnhofen». Pero la figura seria que se sentaba allí pacíficamente no levantó la cabeza, que la tenía algo inclinada, no miraba por encima y no dio señales de que había oído la observación de su hermana. Inmóvil, apático, se sentaba allí en su propio aislamiento como un autómatas, donde le había colocado una voluntad extraña. No recuerdo que le saludase y haber superado la rigidez extraña que se apoderó de mí frente a esta personalidad que había conocido una vez y que ahora era tan desconocida y muda. Solo sé que su hermana dijo que su hermano hoy no tenía un buen día. Así que yo me despedí tristemente ponderando que pensamientos y sentimientos se movían todavía tras esa máscara externa impenetrable en esta forma de vida, que llevaba en sí el sello de un abandono humano y en el que cada chispa de vida intelectual parecía extinguida.

Frau Elisabeth tenía muchas ganas de que le hablase sobre mis encuentros y conversaciones con su hermano y me preguntó entre otras cosas también si él había hablado conmigo sobre el libro de Stirner «El único y su propiedad». Me paré a pensar un poco y respondí entonces, que no podía acordarme de haber oído de él ese nombre. Esto no pareció satisfacerla e insistió formulando la pregunta de otra manera: si yo podía afirmar con certeza entre mis recuerdos, que él *no* lo hubiese mencionado. Me sentí como un delincuente interrogado por un juez de instrucción y le dije que yo solo podía aclarar que ese nombre ni se podía encontrar en mi diario de aquella época ni en mi memoria *como mencionado por Nietzsche*. Pero varias veces volvió a preguntarme lo mismo y recibió siempre la misma respuesta. Con ello, sin embargo, no había

respondido al núcleo de la pregunta, sobre si Nietzsche había conocido a Stirner, pues no mencionarlo para mí no es la misma cosa que su no conocerlo. Pero es muy significativo que la Señora Elisabeth plantease esa pregunta, puesto que R. Schellwien⁴⁰ y Henri Lichtenberger⁴¹ en sus estudios sobre Max Stirner habían establecido algunos paralelismos con las teorías de Nietzsche.

Henri Lichtenberger había visitado poco tiempo antes que yo - si no recuerdo mal - el Archivo Nietzsche y la pregunta sobre si Nietzsche había conocido el libro de Stirner, debería haber sido entonces discutido intensamente. En el libro de Lichtenberger⁴² sobre Nietzsche, que apareció poco tiempo después, se habla sobre ello: «Es cierto que a pesar de sus pretensiones de una originalidad completa, se sometió a la influencia de sus contemporáneos y que su pensamiento una vez despojado del estilo paradójico y agresivo, que reviste bajo su pluma, es a menudo mucho menos nuevo que lo que parece a primera vista. El individualismo intransigente, el culto del yo, la hostilidad al Estado o, la protesta contra el dogma de la igualdad y el culto de la humanidad se encuentran casi tan fuertemente marcados como en Nietzsche, en un autor que está bastante olvidado, Max Stirner, cuya obra principal, *El único y su propiedad* (1845) es, desde este punto de vista, muy interesante compararlo con los escritos de Nietzsche». La Señora Förster-Nietzsche me había hablado mucho entonces de Paraguay, de su vida allí, de algunos elementos alemanes que no habían probado su eficacia y que solo habían dañado a la colonia, de la muerte de su marido en circunstancias conmovedoras, y sobre el peso de su posición, etc. Para mí, una extranjera que se distanciaba completamente de esta empresa, sus descripciones de la «Nueva Germania» parecían cuadros verdaderamente fieles de las grandes dificultades de una fundación semejante. Le apremié a que pusiese por escrito este episodio significativo y en parte dramático de su vida; ella sin embargo me contestó que ahora no tenía tiempo, puesto que su primera obligación debía de ser exclusivamente dedicar su vida a su hermano para preservar su obra y sus notas. No sé si ella lo hizo más tarde.

Tanto en mi primera visita como en la última me habló mucho del gran trabajo que exigía clasificar y ordenar los materiales manuscritos existentes y confusos, de la actividad de los colaboradores en el Archivo, etc. Se quejaba también de la desaparición de varios documentos de los archivos, del abuso de confianza. No puedo recordar con exactitud datos más específicos, sin embargo me ha quedado la impresión general, de que había intereses especiales que se ejercían de una manera desleal.

40 R. Schwellwien, *Max Stirner un Friedrich Nietzsche*, Leipzig, 1892.

41 En un artículo en la *Nouvelle Revue*, 15 julio 1874, p. 233ss.

42 Henri Lichtenberger, *Laphilosophie de Nietzsche*, Paris: Felix Alcan, 1898, p. 172.

Varias veces me dijo que su hermano había acentuado en conversaciones y cartas, lo saludable que había sido sobre él el dulzor y la alegría natural de mi risa. Me alegró oírlo. Quizás eso le había aliviado algo durante nuestros encuentros la presión del destino al «principal afirmador de la vida» en horas de presentimientos sombríos.

Mi última visita a Weimar tuvo lugar de nuevo en octubre de 1900 con ocasión de un viaje por Alemania de norte a sur. Entonces no me alojé en casa de Frau Förster-Nietzsche, sin embargo pasé mucho tiempo en su casa y en el Archivo cuyo equipamiento había mejorado y cambiado en muchos aspectos. La Señora Elisabeth siempre tan amable y cordial conmigo me invitó a ir a Röcken el 15 de octubre a la primera celebración del cumpleaños de su hermano que acaba de morir en agosto. Era un día lluvioso, nublado y con un frío húmedo; tenía frío, y el pequeño trayecto desde la estación de ferrocarril hasta Röcken me parecía interminable y me puse contenta cuando dejamos finalmente el carruaje y mis miembros ateridos se calentaron de nuevo al moverme. Se extendía a lo ancho y a lo largo del paisaje llano un manto gris y húmedo de niebla en consonancia con nuestro ánimo y las ideas que nos acompañaban.

La casa parroquial, en donde nació Nietzsche, y el cementerio donde se encuentra su tumba, están cerca uno del otro. Los lugares de nacimiento y muerte - principio y fin - están cerca espacialmente, temporalmente entre ellos se interponía una vida humana animada por el impulso creativo de una mente con mucho talento, conducido por el demonio de una voluntad, cuyo poder y fuerza Nietzsche mismo dio expresión bajo la imagen cautivadora de una ola. Este poema en prosa⁴³ de una belleza fascinante es un cuadro muy significativo de la acción de la voluntad y la ola. Cerca del final dice así:

Así viven las olas, — ¡así vivimos nosotros, los que queremos! —
no digo más. — [...] ¡Vosotras y yo somos de una misma estirpe —vosotras y yo
tenemos un único misterio!»

El proceso natural elemental de las olas del mar lamiendo con codicia el borde de la tierra firme es símbolo de la actividad consciente del Nietzsche que quiere: el «secreto» es fácil de adivinar.

La señora Elisabeth me condujo a través de las pequeñas y modestas habitaciones de su antigua casa paterna, en donde los hermanos habían pasado la primera parte de su infancia. Nos quedamos mucho tiempo dentro y mi acompañante se remontó a tiempos pasados con imágenes de recuerdos vivos de cosas que hacía tiempo habían desaparecido y de la existencia efímera de personas queridas. Parecía que a ella le costaba mucho distanciarse del pasado.

43 GC af. 310 «Voluntad y ola». OC III 843.

Nietzsche descansa en una tumba junto al muro de la iglesia en la que su padre había predicado el evangelio, él descendiente de pastores, que luchó contra su fe – cum ira et odio – con la pasión potenciada patológica de un odio intelectual. En esta tumba me di completamente cuenta de la gran tragedia de esta vida en su cambio externamente inestable y su fin, y en sus conflictos internos severos.

El aforismo: *De la última hora*⁴⁴ dice: «— Las tempestades son mi peligro: ¿tendré mi tempestad a la que sucumbiré como Oliver Cromwell sucumbió a la suya? ¿O me extinguiré como una luz a la que no apaga el viento sino que se ha fatigado y hartado de sí misma, — una luz que se ha consumido hasta el final? O, por último: ¿me apagaré yo mismo para no consumirme hasta el final? —»

Él vivió en medio de tempestades y ha muerto cansado, apagándose lentamente – una luz que se extinguió.

[Traducción: Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga]

Algunas cartas de Nietzsche a Resa von Schirnhofen, que recogió Elisabeth Förster-Nietzsche en su libro sobre F. Nietzsche y las mujeres⁴⁵

*500. A Resa von Schirnhofen en Génova*⁴⁶

<Niza 30 de marzo de 1884>

¡Venga, pues, mi apreciada señorita! y pruebe con la pensión donde vivo yo. Verá que es recomendable, es de una seriedad completamente suiza⁴⁷. Poco a poco se ha vaciado bastante, los pájaros del invierno se van volando.

Por lo que respecta a mí, usted ha adivinado el momento más oportuno. Ayer mandé el último folio de galeradas, de la última parte de mi *Zaratustra* — ahora estoy libre, quizás más libre que nunca, y *extremadamente* disponible para cualquier tipo de «otium cum dignitate»⁴⁸.

44 GC af. 315. OC III 845.

45 Elisabeth Förster-Nietzsche, *Friedrich Nietzsche und die Frauen seiner Zeit*. München: Beck, 1935.

46 OC IV 448. La traducción de las cartas están tomadas de la edición de la Correspondencia de Nietzsche de la Editorial Trotta: F. Nietzsche, *Correspondencia I-VI*, dir. Luis Enrique de Santiago Guervós. Tr. V. IV Marco Parmeggiani. Madrid: Trotta, 2010.

47 La pensión Genève, cuyos propietarios, la familia Savornin, eran suizos.

48 Cf. Cicerón, *De oratore*, I, I, I; *Pro Sestio*, 45-46, 98; y *Epistulae ad familiares*, I, 9, 21.

Entonces — le enseñaré Niza y, si es posible, también a mí mismo, visto que usted quiere «trabar conocimiento» con el viejo ermitaño. ¡Aunque, hay un “pero”! Todo ermitaño tiene su caverna, justo dentro de sí, y a veces tras esta caverna hay otra y luego otra más⁴⁹ — quiero decir que es difícil llegar a conocer a un ermitaño.

Suponiendo que usted salga de Génova el 3 de abril con el tren rápido de la mañana: hacia mediodía estará en Niza y me verá en la estación, dispuesto a sus órdenes y reconocible por el gran bigote y una carta que tendré en la mano.

Podemos dejarlo acordado *así*. Sólo en el caso de que hubiese algún problema, le rogaría que me enviase dos líneas⁵⁰.

¡Por favor, antes de salir, tenga la gentileza de preguntar en el correo de Génova si hay cartas *poste restante* para mí! Esta antigua ciudad de Colón ha sido para mí una especie de patria: estoy contento de saber que usted vive allí.

su muy humilde Dr. Fr. Nietzsche

Respuesta a una carta no conservada de Resa von Schirnhofner.

510. *A Resa von Schirnhofner en Zürich*⁵¹

<Venecia, primeros de mayo de 1884>

Mi querida señorita Resa:

— Un nombre el suyo nada fácil para mí, hasta la pluma se atranca en él.

Me disgusta que en Niza haya cogido un enfriamiento (en lugar de haber encontrado calor). La próxima vez debemos organizarlo mejor. ¿No podríamos destinar el invierno próximo a Niza y a la redacción de su disertación⁵²?

—¡Considere esta posibilidad!—

En cuanto a los temas para una bonita disertación, mi *Aurora* es una rica mina. Léala, por favor, y también *La gaya ciencia* — ambos libros son una introducción y un comentario de mi *Zarathustra*.

Acabo de escribirle a Malwida; en la última parte de la carta le aconsejo un «retorno a sentimientos humanos», en referencia a la — — srta. Salomé. — Si usted oye noticias sobre su actividad literaria, cuéntemelas. Con todos los

49 Cf. *Más allá del bien y del mal*, §289.

50 Finalmente, Resa von Schirnhofner llegó a Niza y se quedó del 3 al 12 de abril.

51 CO IV 457.

52 La tesis doctoral de Resa von Schirnhofner trató finalmente sobre un tema completamente distinto, «Comparación entre las doctrinas de Schelling y Spinoza», Zürich, 1889.

genios está bien ser comprensivos, INCLUSO — cuando se trata de mujercitas. ¡Perdón! Pero bueno sé muy bien cómo piensa usted sobre ello.

Sinceramente suyo
Nietzsche

Venezia, San Canciano calle nuova 5256

Respuesta a una carta no conservada de Resa von Schirnhofen.

523. *A Resa von Schirnhofen*⁵³

Sils—Maria, Alta Engadina
(basta con esta dirección)
<25 de julio de 1884>

Muy estimada señorita:

Aquí se vive bien, con este aire fuerte y luminoso, aquí, donde la naturaleza es maravillosamente delicada, solemne y misteriosa a un mismo tiempo — en el fondo no estoy tan bien en ningún otro lugar como en Sils—Maria; en suma, me volverá a ver sereno y seguro como en Niza.

Estoy reflexionando sobre cómo podría usted hacer el viaje⁵⁴ de la manera más cómoda. Lo principal es que reserve un pasaje en berlina (desde Chur a Silvaplana) en la oficina de correos de Chur, al menos 8 días antes: hay una gran aglomeración. El coche de la mañana (si no recuerdo mal) sale de Chur a las 6 y llega a las 5 de la tarde más o menos a Silvaplana, donde yo estaré esperándola. Quisiera saber, *lo más pronto posible*, en qué fecha tiene intención de venir, a fin de reservarle para ese día una habitación en el Hotel *Alpenrose* (donde como): también hay allí mucha aglomeración. Por otra parte, eche una ojeada al horario de los ferrocarriles suizos: también se puede partir de Zürich por la tarde y estar hacia las 11 en Chur, para tomar el coche de la noche — en tal caso se llega a Silvaplana a las 10 de la mañana. Pero es muy ajetreado; me parece más aconsejable pararse esa noche en Chur (en el Hotel *Lukmanier*); es el hotel que está justo en frente de la oficina de correos. —

Esto es todo. Estoy muy contento de su próxima llegada. En este momento hay relámpagos.

Su sinceramente atento servidor
Nietzsche

⁵³ CO IV 469.

⁵⁴ Resa von Schirnhofen llegó a Sils-Maria poco antes de mediados de agosto y permaneció unos cuatro días. Sobre esta visita, cf. el testimonio de la misma Resa en S. L. Gilman, *op. cit.*, pp. 489-494.

Respuesta a una carta no conservada de Resa von Schirnhofner.
Resa von Schirnhofner responde desde Zürich el 28 de julio de 1884: KGB III/2
p. 443, n. 236.

531. *A Resa von Schirnhofner en Graz*⁵⁵

(2 de sept. de 1884) Sils—Maria, Alta Engadina

Muy honrada srta:

En estos días no he estado muy bien. ¡Ah, esta salud tan tonta! Además aquí arriba se hielan hasta los huesos, por decirlo en pocas palabras; le estoy dando vueltas al problema de la estufa.

De Niza me mantienen alejado ahora dos cuarentenas, cada una de 7 días — lo que hace que me incline más bien hacia el Norte. Me gustaría saber si se puede *contar* con la representación en Dresde de *El león de Venecia* — en este caso me sentiría MUY tentado y atraído. — Finalmente mi hermana, por razones «importantes», desea un encuentro.

Heinrich von Stein me ha hecho una visita, ni más larga ni más corta que la suya, y me ha reanimado mucho. ¡Qué bien me ha venido! — por fin una persona en la que prevalece el carácter *heroico*, educado en el ambiente de R. Wagner en la *veneración*, de manera muy distinta a como se educa hoy (esto es, en tomar la palabra y hablar sobre cualquier cosa con cualquiera). Me ha dejado entrever que se trasladará a Niza conmigo, cuando ya no viva su padre.

—
 La srta. Mansuroff acaba de despedirse — ¡oh, qué solitario se ha hecho esto ahora!

Lea, se lo ruego, *El veranillo de San Martín* de Stifter⁵⁶. —

(*La lucha por Dios*, novela de H. Lou (Stuttgart, Auerbach) en imprenta desde mayo)⁵⁷.

In summa: estoy satisfecho con el verano, puesto que he preparado para los próximos 6 años un esbozo, el esbozo de mi «filosofía» o «religión», o ¿qué sé yo? Basta, HAY que seguir viviendo.

¡Pero esta salud tan tonta! — —

Acepte una vez más mis cordiales agradecimientos por su visita y guarde su buena amistad

su muy humilde
 Nietzsche

55 CO IV 478.

56 Uno de los libros preferidos por Nietzsche, lo había leído con Heinrich Köselitz en abril de 1880, cf. la carta 23.

57 El título correcto del libro de Lou Salomé es *Im Kampfum Gott* [En la lucha por Dios]. El libro saldrá finalmente en diciembre de 1884, fechado en 1885.

561. *A Resa von Schirnhofen en París*⁵⁸

<Menton, finales de noviembre de 1884>
(Dirección: Nice, France Pension de Genève)

Mi querida señorita Resa:

Desde que dejé Zürich he estado *lamentablemente mal*; he probado a detenerme provisionalmente en Menton, pero ha sido un fracaso total — aquí siento la ausencia del clima estimulante que hace en Nizza, y no consigo entender *porqué* falta aquí. El paisaje es soberbio — líneas bellas y atrevidas, como creadas por un pintor. Y también hay tranquilidad, mucha más que en Nizza — ¡y sin embargo, no funciona!

Imagínese: el señor Lanzky entretanto estaba esperándome allí, en la Pension de Genève — y yo no me he enterado hasta dos días después. Luego ha salido para Ajaccio, dejándome una carta emocionante.

¡Ah, estos estúpidos ojos! — ¡Ahora ya no consigo escribir nada! Han empeorado respecto a los años pasados. Este verano he trabajado poco.

¡Alabanzas, honores y premio por todo lo que usted cuenta de cómo ha organizado sus estudios en París y sus relaciones personales! ¡Y también porque le gusta tanto todo lo que es «Monódico»!⁵⁹ Son personas realmente exquisitas, superiores: ¡es natural que nazcan de ellos hijos bellos y excelentes!

—
¿Y Malwida está enferma? ¡Cómo quisiera estar con ella en Versailles!⁶⁰
Se lo ruego, hágalo por mí, vaya a visitar Saint—Germain—en—Laye: es allí donde en un futuro quisiera instalarme para trabajar en paz y vagabundear por los bosques.

¿Y St. Cloud? —

¿Sabe? En el fondo me entiendo «mejor» con los franceses (*¡no precisamente con los parisinos!*) que con los alemanes. ¡Sobre todo *ahora!*

¿No va el mundo torcido y más torcido?

Los cristianos incitan el trapicheo,
los franceses se hacen más profundos, —
y los alemanes — cada día más triviales⁶¹.

Sinceramente afecto
N.

58 CO IV 506.

59 Referencia a la familia Monod.

60 Malwida se encontraba en casa de los Herzen-Monod, en su nueva casa de Villa Amiel en Versailles.

61 Cf. una variante de este poema en FP III 28[2].

578. *A Resa von Schirnhofen en París*⁶²

11 de marzo de 1885
Niza, Pension de Genève, petit rue St. Etienne

Estimada señorita:

Resulta difícil este invierno recibir de mí algo que leer; así lo quieren mis ojos. Desearía incluso, a causa de estos fastidiosos ojos, estar en alguna *oscura* Venecia o en algún otro lado; porque lo que en realidad pido de Niza, aire *muy seco* y cielo siempre *muy puro*, se puede tener aquí este invierno tan poco como en cualquier otra parte. Es un invierno de excepción: tuvimos un temporal marino como no había desde hace 50 años, dos pequeños terremotos, cuatro lluvias continuas de dos a tres días a la tedesca, y un constante y poco claro decir sí y no del cielo: — lo que le ha sentado suficientemente mal a mi salud. Además, hasta hace unos pocos días tenía conmigo aquí en casa un alemán que me tiene mucho afecto, — pero me gustan poco los alemanes, son otro tipo de “nubes tormentosas”, y nada propicias para mí. —

¿Me gustan acaso los franceses? Algunos de otra época, sobre todo Montaigne. De este siglo, en el fondo sólo *Beyle* y lo que ha crecido en su terreno.

Y *eso* es lo que me arranca hoy esta carta, mi estimada señorita Resa: aunque, como decía, la moral de los ojos me advierte “¡No lea ni escriba, señor profesor!” —

Parece que hay en Francia una especie de entusiastas de Stendhal, me han hablado de unos que se llaman “*rougistes*”. Emprenda, por favor, una pequeña batida de caza; por ejemplo en busca de una nueva edición de “*Le rouge et le noir*”, con un prólogo de un Sr. Chapron, si no he oído mal. ¿Dónde ha puesto sus huevos esta fina ave (ha muerto)? No hay libros mayores de él. Y conozca al discípulo más *vivo* de Stendhal, Paul Bourget, y cuénteme qué ensayos ha escrito últimamente (— aquí en Niza le mostré sus *essays* completos de *psychologie contemporaine*⁶³) Es, según me parece, el auténtico discípulo de ese genio que los franceses han descubierto 40 años tarde (de los alemanes, yo soy el primero que lo ha reconocido, y no por una indicación proveniente de Francia) Los demás literatos famosos de este *siècle* me resultan demasiado dulzones y ondulatorios; pero lo que es irónico, duro, sublimemente maligno, del tipo de Mérimée, — ¡qué bien que le sabe a mi paladar!

62 CO V 43. F. Nietzsche, *Correspondencia I-VI*, dir. Luis Enrique de Santiago Guervós. Tr. v. V, Juan Luis Verma. Madrid: Trotta, 2011.

63 Paul Bourget, *Essais de psychologie contemporaine*, París, 1883.

A fines de marzo iré a Alemania, pasando por Suiza. Las boda de mi hermana está este año en primer plano: — salude a Malwida de mi parte y reciba usted cordiales saludos.

de su atento servidor
Nietzsche

M. Bourget es colaborador de la *Revue nouvelle*. — Salude de mi parte a las *distinguidas* personas que tanto amo, me refiero a los Monods⁶⁴, sin olvidar a la señorita Natalie.

Adieu, ma chère philosophe — veuillez agréer les tendres et respectueux hommages d'un hermite.

607. *A Resa von Schirnhofen en París*⁶⁵

Sils-Maria en la Alta Engadina. Junio de 1885.

Mi estimada señorita:

Con su carta me ha vuelto a dar una agradable *sorpresa*, ha sido casi una visita en Sils-Maria. En realidad, usted misma probablemente se sentiría *mejor* aquí arriba que en las cálidas llanuras y ciudades; y si, siguiendo el bello precedente de 1884, llegara a distinguir al viejo eremita aquí arriba con una visita más que postal, le prometo que estaré de mejor humor y salud que el año pasado. En este momento tengo en casa a la excelente señora *Röder-Wiederhold*; soporta y tolera “angelicalmente” mi terrible “antidemocratismo” — pues le dicto todos los días durante un par de horas mis ideas sobre los queridos europeos de hoy y — *mañana* —, pero me temo que finalmente pierda la paciencia y se vaya de Sils-Maria, bautizada como está con la sangre de 1848. — También caen muy mal mis opiniones sobre la “mujer en sí”. En resumen, tengo la sospecha de que ya nadie me aguanta mucho tiempo. Aunque habría muchas razones para desearme “buena compañía”. ¡Ay, quién conoce mis “siete soledades”! —

Es una pena que no conozca a Paul Bourget. Creo que debe ser una fina antena para todo lo que en este momento es aún “fino” en Francia. He leído: en preparación, *nouveaux essais de psychologie contemporaine* de Paul Bourget. Paris, Alphonse Lemerre, éditeur, 27-31 Passage Choiseul. Me haría dichoso si me comunicara que *ya* han aparecido.

64 El matrimonio de Gabriel y Olga Monod, la hermana de ésta, Natalie Herzen, y Olga, hija adoptiva de Malwida von Meysenbug.

65 CO V 74.

Dígale a nuestra venerable Malvida algo en favor de su eremita: creo que en este invierno en una ocasión le he gruñido. Igualmente desearía que le envíe mis mejores recuerdos a la distinguida compañera de su época de estudiante en Zurich, la Srta. Wildenow.

Con los más afectuosos saludos
Su N.

¿Y la tesis doctoral? ¿qué tema?

Su comportamiento con la Srta. Sal<is> es EXCELENTE.

— ¿leído “Fedra”? No — Mis mejores saludos a los *Monods*.

Respuesta a una carta no conservada de Resa von Schirnhofen.

*1019. A Resa von Schirnhofen en Zürich*⁶⁶

Torino, 14 de abril de 1888.

Mi muy querida señorita Resa:

Pero qué hermoso es, e incluso más que hermoso, que usted me escriba esto. Tan sólo hay que venir a Turín para tenerme ahora. Hasta este año la primavera me ha puesto en todas partes en un estado lamentable, en el peor, en su Zúrich; he jurado no repetir esa falta. Turín es una ciudad soberbia, los vientos de las altas montañas la purifican de todo lo flojo y húmedo. Ya ha habido días que en luz, claridad y sequedad han sido totalmente dignos de la Engadina. Quiero quedarme aquí hasta el 5 de junio y luego trasladarme directamente – Milán, Como, Chiavenna – a Sils-Maria, mi residencia de verano. Me alegraría si sus planes se pudieran combinar de algún modo con los míos: ¡haga usted un pequeño ensayo de hacer el papel de la *Parca*!...

Vivo aquí frente al grandioso *palazzo* Carignano (en el que nació Vittore Emanuele), “transvaloro valores” – ¿entiende usted seguramente este tropo? – y me deleito por las tardes bien con exquisito *gelato* [helado], bien con una buena representación de *Carmen*, – todo a cinco pasos de mí. En realidad no hay ninguna ciudad tan *honnette* [honesta] y aristocrática como esta Turín: adoquinado clásico, *portici* [pórticos] sublimes y la seriedad de las plazas

⁶⁶ CO VI 149. F. Nietzsche, *Correspondencia I-VI*, dir. Luis Enrique de Santiago Guervós. Tr. v.VI, Joan B, Llinares. Madrid: Trotta, 2012.

solemnes. Y además silenciosa. Los Alpes nevados son visibles desde el centro de la ciudad. Uno cree que las calles se dirigen directamente hacia ellos.

– Vivo en *via Carlo Alberto Nr. 6, piano quarto* [cuarto piso]. –

Le saluda, respetada señorita, con toda cordialidad

el viejo filósofo
oso gruñón e inmoralista

Nietzsche.

Respuesta a una carta no conservada de Resa von Schirnhofen.